EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 11

MÉXICO, 13 DE MARZO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,

Un periódico mercantil y de noticias.

La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

S. M. LA REINA DE DINAMARCA

NADINA BULICIOFF.

ILUSTRE ABOLICIONISTA.

El cable submarino dia á dia nos trae del Extranjero noticia de los desastres que ocurren, de los preparativos de guerra, de las pestes que diezman á los pueblos, de cuanto puede alimentar la pública curiosidad y entristecer á las almas generosas. Las publicaciones ilustradas nos dan á conocer los edificios incendiados, las naves que naufragan, las terribles escenas de los grandes crímenes; todo lo que es lúgubre, todo lo que hace ver en el hombre al más feroz y encarnizado de los enemigos del hombre mismo. Y cuando ésto no sucede, los encargados de trasmitir al mundo las nuevas más importantes, nos dan cabal idea de las carreras de caballos y de otras banalidades indignas de comunicarse por medio de uno de los más sublimes inventos de nuestro siglo, y más indignas aún de ser reproducidas por el buril de los artistas. Hé allí la razón por qué un suceso conmovedor, un rasgo sublime de la piedad femenina, que hace brotar lágrimas tiernas y purísimas, llega á nosotros con gran retardo y por una verdadera casualidad. Pero nunca es tarde para ensalzar la virtud, y para elevar desde lo más profundo del corazón un himno en glorificación de la mujer que inspirada por el más noble de los sentimientos, se ha hecho acreedora á la admiración del universo.

Nadina Bulicioff, eximia primadona rusa de la Compañía Rossi, que actuaba el año pasado en el teatro de *Pedro II* en Rio Janeiro, es la heroína del relato que vamos á hacer á los lectores de *El Album de la Mujer*, para explicar la lámina que aparece en la página 85 de este número.

Desde que la Bulicioff se presentó por primera vez en la escena en Rio Janeiro, conquistó la predilección del público por el timbre cautivador de su voz, por su correcto método de canto y por los admirables efectos escénicos. Era aplaudida con entusiasmo y convicción como artista; era amada por su belleza; le faltaba nada más ser adorada por la excelsitud de sus sentimientos, y lo fué.

Llegó el dia del beneficio de Nadina, y la gentil artista declaró que no quería que se le diesen joyas ni obsequio alguno, ni flores: ¡quería dinero para comprar la libertad de algunos esclavos! Entonces las simpatías por ella conquistadas como artista, convirtiéronse en entusiasmo delirante. La noche del 10 de Agosto de 1886 no podrán olvidarla nunca los habitantes de Rio Janeiro.

Se anunció la representación de *Aida*. El teatro ofrecía una vista deslumbradora; la familia imperial, el Cuerpo diplomático, las clases más distinguidas de la sociedad llenaban el magnífico coliseo. Nadina desde su aparición en el palco escénico, fué objeto de grandes ovaciones; pero nada tan hermoso ni tan conmovedor como el momento en que, al finalizar el tercer acto de la ópera, llenó el foro una gran comisión de señoras y las siete esclavas á quienes Nadina Bulicioff había de entregar las cartas de libertad.

Oigamos á un escritor portugués, testigo presencial de aquella escena:

«Creemos, dice, que la Bulicioff se conmovió extraordinariamente al ver ante ella á las pobres mujeres para quienes representaba el papel de redentora; así, al entregarles las cartas de libertad, las abrazó y besó con una efusión tan fraternal y con un placer de tal modo significativo, que todos se estremecieron, y con las lágrimas en los ojos saludaban á la mujer sublime que así se identificaba con nuestros sentimientos. La escena estaba llena de señoras que le traían presentes, joyas, coronas, memorias de ese dia memorable, y en el fondo se oían los acordes del himno nacional. Todos, de pie, saludaron á la benemérita de la humanidad, cuyos ojos estaban nublados por las lágrimas. Su Majestad la emperatriz lloraba, y en los palcos se agitaban los pañuelos mojados con lágrimas espontáneas que el recuerdo de las desgracias de los esclavos, arrancaban á los que presenciaban aquella escena. Durante mucho tiempo nadie dejó de manifestar á la gentil cantora la gratitud que rebosaban los corazones.

«Había, en verdad, continúa el cronista, algo de doloroso para nuestro patriotismo, en ver á esa peregrina del arte bajando hasta el seno de nuestras desgracias, á arrancar de allí á las víctimas indefensas de la esclavitud. Los corazones confraternizaban, y cuando ella abrazó y besó á las esclavas, vimos que era una hermana, un corazón gemelo del nuestro, que estaba allí palpitando con los sentimientos que más nos arrebatan. No era la cantatriz rusa, sino la propia estatua de la fraternidad, mostrándonos que todos los pueblos tienen las mismas desgracias y las mismas sublimidades; y los corazones, acordes, hablaron el sublime lenguaje de las lágrimas.»

Nadina Bulicioff ha obtenido espléndidos triunfos en su carrera artística; su amor propio ha quedado mil y mil veces satisfecho al verse aplaudida como cantante y admirada como hermosa; pero nunca, jamás ha de haber alcanzado gloria igual á la que coronó sus sienes la noche del 10 de Agosto en el teatro de Rio Janeiro. ¿Qué son los aplausos más estruendosos, las joyas más ricas y deslumbradoras, las flores arrojadas á sus plantas, si se comparan con esa lluvia bendecida de lágrimas, con ese palpitar de los corazones, con ese tributo de admiración y de gratitud de todo un pueblo, proclamando la grandeza de su alma al redimir siete esclavas con el producto de sus trabajos artísticos?

No solamente en Portugal será bendecido el nombre de Nadina Bulicioff; donde quiera que aliente un sér de corazón bien formado, la noble artista conquistará eterna é inmarcesible gloria. La humanitaria y sublime acción por ella realizada en Rio Janeiro será fecunda en bienes, pues el bienhechor rocío de las lágrimas que se derramaron en el teatro de Pedro II, será como savia generosa que dará robustez y esplendor al árbol de la libertad en la tierra brasileña. Y cuando desaparezca hasta el último vestigio de esclavitud odiosa en el Brasil, el nombre de la célebre primadona rusa fulgurará al lado de los más ardientes defensores de la más santa y noble de las causas.

Francisco Sosa.

EL TALENTO DE LOS TONTOS.

Ser tonto, ¡qué felicidad! mejor dicho, ¡qué ganga!

El hombre que lo es, ó que aparenta serlo, tiene la ventaja de obrar como mejor le cuadre, y aprovecharse de la confianza que inspira para llegar adonde se propone.

Ni una vez siquiera he sido víctima de los hombres de talento; mucho lo he sido de los tontos.

El hombre de talento, si es honrado, no compromete á nadie, aun cuando sacrifique sus intereses ó su personalidad; si no lo es, la idea de que posee recursos bastantes para realizar sus propósitos, hace poner en guardia á los que tratan con él.

¡Pero los tontos! De los tontos no hay medio de librarse. Empiezan por inspirar confianza, y ya sabemos que la confianza perjudica siempre á quien la usa.

Delante de un tonto habla cualquiera de negocios interesantes, fiado en que no los conoce; á un tonto se le dice lo que no se le diría á un discreto por temor á maliciosas interpretaciones; en suma, cualquiera se fía de un tonto creyendo que no tratará de explotar en provecho propio los secretos que se le confíen.

La experiencia, sin embargo, enseña lo contrario.

El político tonto llega á Ministro cuando el talento ó la ambición del hombre que está al frente de los destinos de un pueblo, necesita rodearse de figuras decorativas.

El hombre de negocios tonto acierta la mayor parte de las veces, por lo mismo que no calcula ni pesa las probabilidades de éxito.

El empleado tonto permanece en su puesto, cuando el de talento deja el suyo por creerlo incompatible con su dignidad.

En resumen, el tonto, de cualquier clase y condición que sea, siempre queda á flote. Los obstáculos que detienen á los hombres de talento, no hacen retroceder á los tontos, para quienes no significa nada la palabra inconsecuencia.

Los tontos van derecho á su objeto, sin importarles un ardite las contradicciones en que incurran, ni las leyes morales que vulneren.

La tontería es el pararrayos de la calumnia, y la disculpa de la torpeza y la ignorancia.

Entiéndase bien que tomo la palabra tonto en su sentido recto, no en el que generalmente se le da hoy.

Porque hoy se llama tonto al hombre que sacrifica su interés á su dignidad; su posición á su consecuencia; su vida á su honra.

Al que ocupa elevados puestos y baja de ellos sin un ochavo, se le llama tonto; lo mismo que al que no intriga para medrar, y al que no se vende para adquirir una posición.

Se le llama tonto al que ha tenido en sus manos la fortuna de cien familias y no ha hecho la suya; al que tiene escrúpulos de honradez; al que no reniega de sus principios cuando puede resultarle algún provecho.

También se llama tonto al que no explota la desgracia; al que no se aprovecha del trabajo de los demás, y al que pretende vivir del suyo.

Los tontos de esta última clase pagan generalmente el pato que se comen los otros; son las verdaderas víctimas. Así vemos á los primeros encaramados en lo

alto, imprimiendo el sello de su tontería á los negocios que intervienen, pero explotándolos en beneficio suyo.

Si la cuestión está en vivir lo más cómodamente posible; si el instinto de conservación llevado hasta el sacrificio de los demás, ha de sobreponerse á todo, convengamos en que los únicos hombres de talento son los tontos, puesto que saben vivir en el sentido práctico de la frase.

José Nakens.

CONNUBIO.

(FANTASÍA.)

Acababa la luna de echar sobre sí el soñoliento párpado del ocaso, cuando la Tierra comenzó á moverse lánguidamente en su sombrío lecho de césped.

Allá, en lo alto, innumerables geniecillos parecían huir haciendo maliciosos guiños, mientras la vaga é indecisa luz del alba enviaba su tibia neblina á través del ancho espacio.

La Tierra levantó su cabeza y comenzó su tocado echando hacia atrás la negra cabellera que la noche había enmarañado sobre su frente; bostezó con el canto de un gallo....; y deslizándose del mullido lecho, echó sobre sus hombros el blanco peinador, del alba....; entrelazó sus cabellos con hojas de nardos y de rosas, de alelíes y adelfas; calzó sus pies con blancas corolas de magnolias....; prendió en su seno perfumado ramo de azahar, y luego, sobre el florido magnífico atavío, vistióse graciosamente amplio manto de levísima dorada gasa, cuyas mallas invisibles parecían formadas maravillosamente por la luz en sus telares de oro.

De esta guisa adornada la Tierra, avanzó la risueña y satisfecha cabeza, y miróse en la tersa y serena superficie del gran espejo que Atlante sostenía á sus pies; y sin duda debió contentarle su exuberante y espléndida belleza, porque palmotearon sus manos como aleteos de ave, y cantó su garganta con trinos de pajarillos....; luego, con esa impaciencia propia sólo á los enamorados, fijó sus irisados ojos en la ancha y rosada senda que abre el cielo, al carro espléndido de refulgente astro.

A poco, el horizonte comenzó á tapizarse con amplísimos cortinajes de escarlata y nácar, festoneados brillantemente de vivísimas franjas de oro; apiñándose opuestas las nocturnas sombras, huyeron después desgarradas y deshechas, descubriendo el cielo puro, azul, como un inmenso zafiro engastado en la frente de la mañana.

Entretanto, la Tierra, alentando en un afán voluptuosísimo y en una palpitación de intensa alegría, seguía con inquieta mirada de impaciencia aquella coloración anunciadora de su amor; de repente, un rayo de luz hirió las negras hebras de sus cabellos, dorándolos á modo de ráfaga solar; y casi al propio tiempo, rasgándose las pintadas franjas del Oriente, asomó el Sol su encendida pupila, resplandeciente de amor y de belleza, y tendió en el ancho espacio una mirada candente, inmensa, infinita, hasta encontrar á la Tierra, que la esperaba con esa ansia concebible sólo para los que aman, y algo así como el ruido de un beso, pareció resonar en lo infinito, y de aquel luminoso choque de nervios de fuego, surgió inmensa, resplandeciente, ignita, la luz del día, envolviendo á la Tierra toda en el polvo de oro de su poderosísima llama.

Y ¡caso extraño! el rumor misterioso de aquel beso de fuego, parecía encerrar en un solo ritmo, cantos de pájaros, susurros de céfiros, choques de olas, piar de nidos, murmullos de séres, conjunto, en fin, de ruidos mundanos contenidos todos en la armoniosa expresión de un himno de amor.

Y es que ese abrazo trémulo de la Tierra y el Sol, es el connubio felicísimo de las fuerzas de la Naturaleza; entre el suelo y el cielo, subsiste una eterna corriente de sensaciones simpáticas, de indescifrables, pero fecundos amoríos: la Tierra sonríe con sus flores; el cielo acaricia con su luz....; la Tierra besa con sus perfumes, el cielo con sus auras; ¡mil veces bendita la Naturaleza que así da encanto al espíritu, como satisfacción á los sentidos! y nosotros, ¡oh Tierra dichosa! ¡oh dichoso Sol! ¡Cómo en estrecho abrazo confundidos permaneceis eternamente, sin que os moleste el tiempo, ese roedor incansable de nuestras organizaciones mezquinas! ¡Quién como tú ¡oh sol! tuviera una constante, cariñosa amada, con quien unir el destino triste ó placentero; quién tuviera como tú una frente que acariciar, un seno que estrechar, unos labios que besar!

¡Quién como tú pudiera reunir en un lazo de amor la luz de lo infinito y el cielo de la felicidad!

Ricardo Cano.

EN EL ÁLBUM DE LA SRA. MARÍA LUISA ROMERO RUBIO DE TERESA.

Siempre la virtud inspira,
Y siempre es del sentimiento
El dulcísimo concento
Que palpita en toda lira.

Sí; yo lo sé bien, señora,
Dama gentil, noble y pura,
Cómo el sol de la ventura
Todas las almas colora.

Que no te extrañe mirar
En estas hojas mi nombre:
Como poeta y como hombre
Tengo en la virtud mi altar.

Dejo aquí mis pobres flores;
Contienen del alma mía
Perfumes de simpatía
Y verdad en sus colores.

¡La virtud es blanca rosa,
Tiene de bondad su encanto;
Porque eres buena, te canto,
Me inspiras por virtuosa!

1887.

Anselmo Alfaro.

LA FUENTE.

En los musgosos bordes de la fuente
Del huerto de tu casa,
Con palabras de miel noche por noche
Juraste que me amabas.

El agua en chorros mil saltando alegre
Recogió tus palabras,
Dando sus ondas música á tu acento
Como amorosas arpas.

Han corrido los años.... cuando busco
La reja solitaria,
Hallo la fuente destrozada y seca.
¡Como ella tengo el alma!

Fueron sólo palabras tus promesas,
¡Ay! sí, sólo palabras
Que murmurando alegres se evaporan
Como en la fuente el agua.

México, 1887.

Juan de Dios Peza.

NUMANCIA.

Encerrada soberbia entre sus muros
Luchando está la numantina gente,
Como lucha en la jaula el león rugiente,
Queriendo destrozar sus fierros duros.

Del patrio amor á los consejos puros,
Muerte se da con decisión valiente,
Antes que doblegar la erguida frente
Ante émulos infames y perjuros.

Vibre el clarín la Musa historiadora,
Y admirando la ibérica constancia,
Diga al mundo con voz atronadora

Que Roma con su bélica arrogancia
De Numancia no fué la vencedora,
Porque á sí misma se venció Numancia.

G. Blengio.

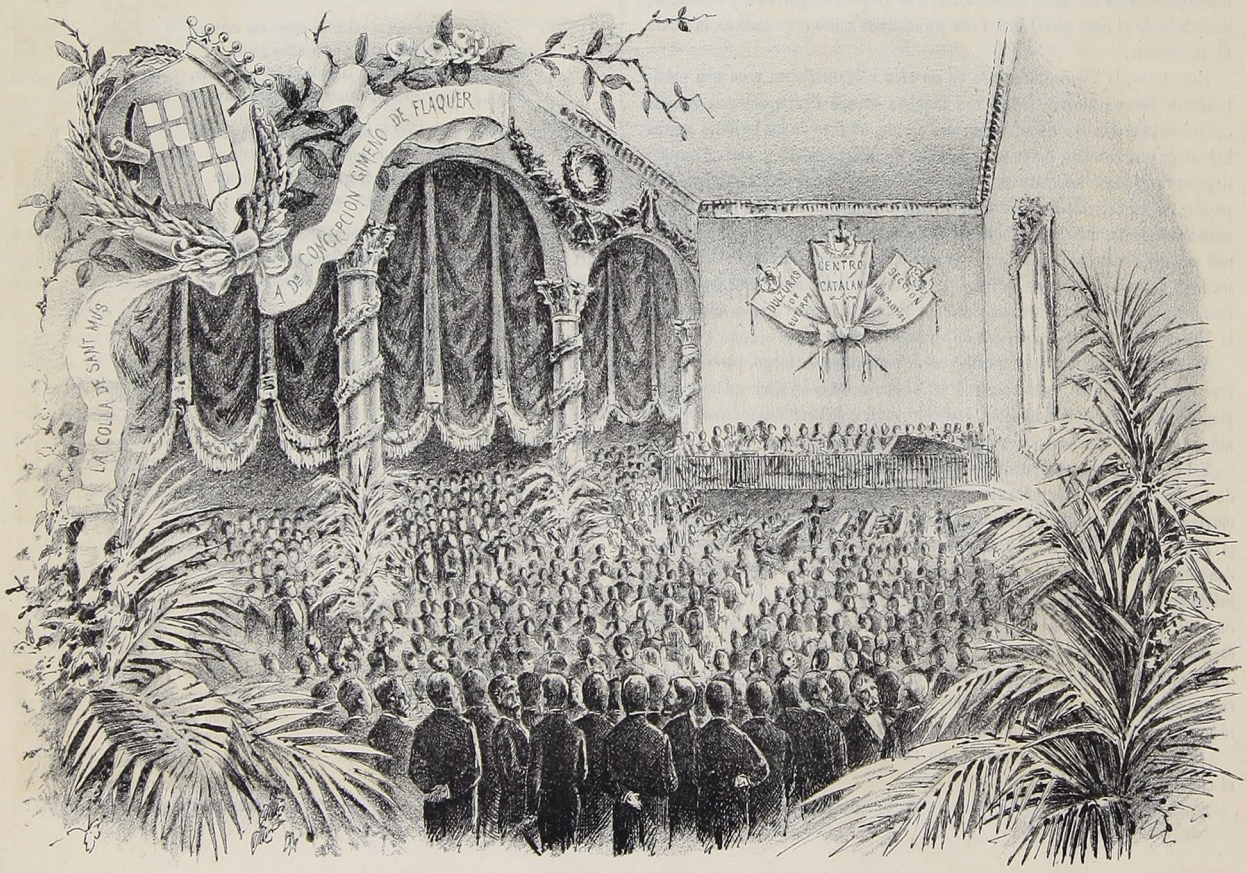
EL NICHO 102.

A Cárlos Noriega.

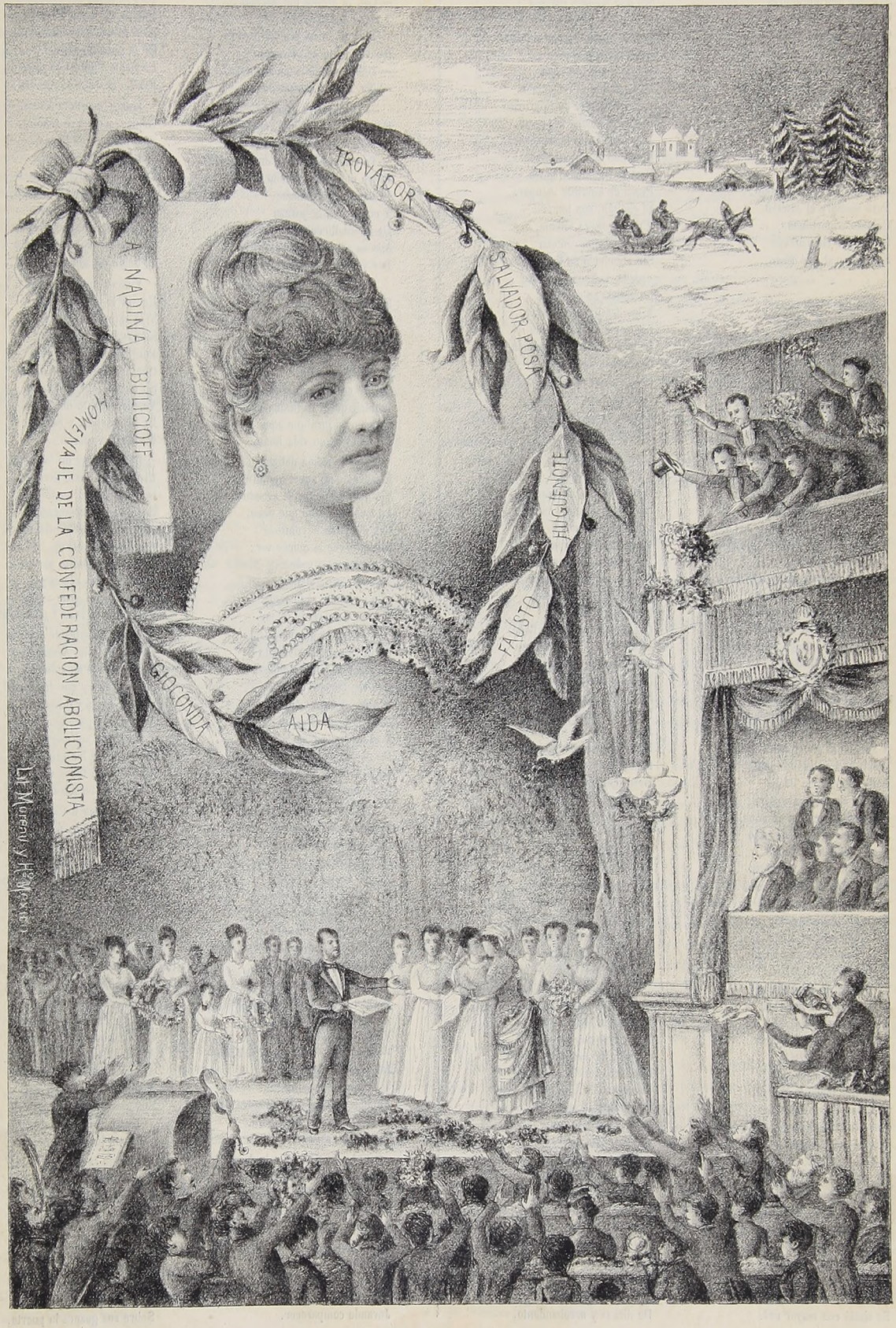
Si no ha perdido la cuenta
Infiel la memoria mía,
Esto fué cuando corría
El año ochocientos treinta.
Nada la pluma comenta,
Recoge la tradición,
Y demandando perdón
Por si algo al relato escapa,
En la ciudad de Jalapa
Comienzo la relación.

Era Arturo de Alvarado
Soberbio, guapo, arrogante,
Y el capitán más galante
Que había en Jalapa estado.
Jamás encontró el soldado
Un freno á su apetecer,
Él siempre logró volver
Verdades las ilusiones,
Y á todos los corazones
Subyugaba su poder.

GRAL. RAMON CORONA
GOBERNADOR DEL ESTADO DE JALISCO



Salón del «Centro Catalán» en la noche de la velada que se dió en honor de la SRA. CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER



La eminente cantatriz NADINA BULICIOFF en el acto de dar carta de libertad á seis esclavas en el Teatro *Pedro II* de Rio Janeiro

Jamás en lucha de amores
Vencido quedó Alvarado,
Jamás se vió derrotado
Ni en sus caprichos menores.
Algunos murmuradores
Que lo envidiaban tal vez,
Contaban que la altivez
De Alvarado, era fingida
Y que jamás en su vida
Supo obrar con honradez.
Que cobarde siempre huía
A toda lucha de honor,
Si en aventuras de amor
Alguno lo sorprendía.
Así el vulgo repetía
Cuentos mil con loco afán,
Pero siempre el capitán
Galante y afortunado,
Se vió por ellas amado
Sin temer al *qué dirán*.

. . . . . .

Era Beatriz Pimentel
Bella como una ilusión:
Parecía la creación
Animada de un cincel.
Como el armiño su piel;
Los labios rojos, muy rojos;
Negros, muy negros los ojos;
Como el oro sus cabellos,
Sedosos, largos y bellos,
Siempre flotantes y flojos.
Miró Arturo la belleza
De aquella Beatriz divina,
Y hacerla suya imagina
Ciego con su gentileza.
Desde el mismo instante empieza
A galantearla necio,
Ofrece á Beatriz por precio
De su belleza, su nombre;
Ella pertenece á otro hombre
Y al galán da su desprecio.
Con mucho fuego adorando
Arturo tenaz insiste;
Pero ella siempre resiste
Con dignidad, desdeñando.
El honor que está guardando
Sabe Beatriz estimar,
Y aunque al galán siente amar
Como ni á su esposo ama,
Sabe refrenar la llama
En que se puede abrasar.
Pasan meses, pasan años....
Arturo siempre insistiendo
Y ella tenaz resistiendo
Entre tormentos extraños.
Tan horribles desengaños
Jamás tuvo el capitán,
Pero los desdenes van
Avivando más su fuego,
Y está cada vez más ciego
Y enamorado el galán.
Ya Beatriz siente nacer
Dentro su alma dolorida
Inquietud no conocida
Que más no puede vencer.
Ya no puede detener
Del otro la terquedad,
Y aunque luchó la beldad,
El galán vencerla pudo,
Pues la constancia es escudo
Contra toda tempestad.
Cuánto amor, cuánta ternura
En cada uno de los dos,
Siempre dichosos y en pos
De más fuego y más ventura.
Nunca belleza tan pura
Arturo cazó en su red,
Y cuando vió la merced
Con que le brindaba el hado,
En vez de sentirse hastiado
Se sintió con mayor sed.

Una noche en que dichosos
Los dos jurábanse amor
Acariciando en su ardor
Ensueños dulces y hermosos,
Sin que testigos odiosos
A su amor pusieran traba,
Beatriz, que al galán miraba
Arrodillado y confuso,
Sobre la boca le puso
La boca que él reclamaba.
En tal punto de improviso
Cae de la alcoba la puerta,
Y el marido en forma cierta
Entró en aquel paraíso.
Beatriz levantarse quiso
Presa de horrible estupor.
El capitán, con temor
Y con presteza villana,
Huye por una ventana
Sin atender á su honor.
A la mañana siguiente
La noticia se derrama
Y los detalles del drama
Los comentaba la gente.
Después, misterio imponente
En la casa de Beatriz.
Desde aquel caso infeliz
Ocultaron sin tardanza
El marido su venganza
Y la mujer su desliz.

II

Celebra la capital
Con la pompa cortesana
La fiesta ruidosa y vana
Del alegre carnaval.
Un bullicio sin igual
Las calles todas atruena,
Y da fin aquella escena
De tanto gozo y recreo,
En el regio coliseo
Que la muchedumbre llena.
Allí se ven confundidos
Con trajes de mil colores,
Nobles y apuestos señores,
Mariposas y cupidos,
Damas de ricos prendidos
Junto á modestas pastoras,
Bellezas deslumbradoras,
Fealdades que dan espanto,
Reyes con su rico manto
Y magos, negras y moras.
Todos se mueven y gritan
En confuso torbellino,
Y sin concierto ni tino
Todos bailan y se agitan.
Algunos la risa excitan
Con su charla, y no son pocos;
Todos los grupos son focos
De constante batallar,
Y parece aquel lugar
Inmensa jaula de locos.
Tan sólo un hombre ha quedado
Que unirse á todos resiste:
Tiene la mirada triste
Y el rostro mustio y ajado.
En un pilar reclinado
Con indiferencia mira
Aquella turba que gira
Bailando á su alrededor,
Y con profundo dolor
Envidiándola suspira.
De pronto al hombre se llega
Y se le cuadra delante
Una máscara elegante
Con un lujo que lo ciega.
— Mi voz, Arturo, te ruega
—Le dice con suave acento—
Que te apartes un momento
Del dolor que te devora:
Apuremos una hora
De dichas y arrobamiento.

—¿Me conoces?—Lo adivinas.
—Muéstralo.—Calma tu afán,
Te conozco, capitán,
Como tú no lo imaginas.
—Con tu acento me fascinas
Y no te puedo vencer.
—Porque en mí pretendes ver
Nueva fuente de placeres.
—Dime, máscara, ¿quién eres?
—No. Arturo, no puede ser.

—Tu negativa desdeño,
He de verte.—Nunca, no.
—No me rindo.—Pues ni yo.
—Te venceré.—Vano empeño.
Entre mohino y risueño
Él insiste con llaneza,
Y cuando ve la pureza
De un cuello como la nieve,
Más se afana y más se atreve
Por vencer á la belleza.

—No lo pienses, Alvarado,
Ella le dice riendo.
—¡No ves lo que estoy sufriendo!
Dice el otro emocionado.
Y siempre más obsecado
El famoso capitán,
Quiere con brusco ademán
Inquirir quién es la dama
A quien ya jura que ama
Y que es de su vida imán.
Ella con calma detiene
El ademán de aquel hombre,
Sin que al parecer le asombre
La loca inquietud que tiene.
Con dignidad lo contiene
Siempre que la quiere ver;
Si el otro deja caër
Alguna frase galante,
Ella responde al instante
Con un nombre de mujer.
Y todos los nombres son
De mujeres que Alvarado
Ha rendido y ha engañado
Con repugnante traición.
A todas del corazón
Robó la bendita calma,
Y al fin como justa palma
De su infame villanía,
Cada nombre lo sentía
Como un cauterio en el alma.
Por fin tras mucho pedir,
Porque la dama no cede,
Sabe que mirarla puede
Si á una cita ha de acudir.
Arturo vuelve á insistir
En ver antes su hermosura,
Mas ella tenaz murmura
Que allá en la cita será,
Y como él tan firme está
Que no hará falta le jura.

—Es inútil, Alvarado,
Porque en achaques de amores
A juramentos mayores
Villanamente has faltado.
—Pues bien—contesta el soldado—
Juro que no faltaré,
Y convencerte podré
Aunque á tu gusto no cuadre:
¡Por el alma de mi madre
Te lo juro, asistiré!

—¡Ay de tí!—dice la dama
Si faltas.—No he de faltar.
—Puede asustarte el lugar.
—De valiente tengo fama.
Y con presteza reclama
Sin dejarse convencer,
El sitio en que pueda ver
A la misteriosa amante,
Y hora le pide anhelante
Jurando comparecer.

Entonces con dulce acento
Que nuevas dichas ofrece,
Y que más que voz parece
El vago rumor del viento,
Dice la dama:—Consiento
Que de mí vayas en pos,
¡Sin más testigo que Dios,
En el panteón severo
De Santa Paula—te espero
Frente al nicho ciento dos!

Lanza incrédula sonrisa
Arturo, y dice:—Señora,
Sólo me falta la hora
Y saberla me precisa.
Con voz resuelta y concisa
La dama responde:—Bien,
No te arrepientas y ven
A celebrar nuestras bodas,
Cuando las campanas todas
El toque de ánimas den.

Y se va, mas él porfía
En ver la hechicera faz,
Y le arranca el antifaz
Con ruda descortesía.
Perdiendo la sangre fría
Que audacia tanta le diera,
Su mirada que se altera
Ve con espanto indecible
La faz huesosa y horrible
De fúnebre calavera.
Deja escapar un lamento
Alvarado, y como herido
Del rayo quedó tendido
En el ancho pavimento.
Alguno con noble intento
Auxilio pronto le da,
Y cuando repuesto ya
Las facultades recobra,
Pregunta con gran zozobra:
—¿Dónde se halla? ¿dónde está?
Nadie á contestar acierta
La pregunta de Alvarado,
Y la gente de su lado
Se aleja al ver que despierta.
La sala muda y desierta
Muy poco á poco quedó,
Y cuando el sol asomó
Su frente de luz ceñida,
Vino á dar á todos vida
Y al desventurado no.
Por fin con incierto paso
Y como fuera de sí,
Huye Alvarado de allí
Sin rumbo fijo, al acaso.
—¡Fiebre horrible en que me abraso,
Mátame!—dice sin tino,
Porque mira de contino
Allá en su imaginación,
La fúnebre aparición
Que á herirle en el baile vino.
Sigue con planta insegura
Sin descansar un instante,
Siempre inquieto, siempre errante,
Con la fiebre que lo apura.
Atropella en su locura
Al que va dejando atrás,
Y aumentando más y más
Sus gestos inoportunos
—Es un ebrio—dicen unos
—Es un loco—los demás.
Cuando la tarde ha caído
Y más su dolor le aflige,
Al panteón se dirige
Por mano extraña impelido.
Nada se oye, ni un ruido
En la calzada desierta,
Y cuando á llegar acierta
Y hace intento de llamar,
Ve con espanto girar
Sobre sus goznes la puerta.

Siente pavor sobrehumano
Que á su valor sobrepuja,
Pero al interior lo empuja
Siempre la invisible mano.
Explorar pretende en vano
Con afanosa mirada,
Y ve después de su entrada
De miedo sobrecogido,
Que tras lúgubre chirrido
Quedó la puerta cerrada.
A Dios en su afán invoca
Con el alma dolorida,
Pero la oración olvida
Y nada dice su boca.
El espanto que lo apoca
Su cuerpo todo estremece,
Y su temor aun más crece
Y más lo rinde y lo humilla,
Ante una luz amarilla
Que á intervalos aparece.
Con el pecho comprimido
Hacia la luz se dirige,
Y siempre sus pasos rige
Un poder desconocido.
Queda por fin detenido
Frente al nicho ciento dos;
El va de la cita en pos,
Y sin perturbar su calma
Levanta en preces el alma
Con sincera fe, hasta Dios.
Lentamente la oración
Reanimó su fortaleza,
Y levantó la cabeza
Para buscar la inscripción.
Con inquietud y emoción
Venciendo el miedo cruël
Buscó en el mármol aquel
Los caracteres gravados,
Y con ojos espantados
Leyó: «Beatriz Pimentel.»

México, 1887.

EDUARDO NORIEGA.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

Continuación.

—Tenga usted la bondad de sentarse, caballero, que el señor pronto saldrá

Efectivamente, pocos momentos se hizo esperar.

Era el señor de Morey alto, corpulento, de frente grande y despejada, de mirada melancólica y profunda. En su elegante apostura se notaba la distinción de su nacimiento y la dignidad de su edad. Representaba quince años menos de los que realmente tenía, pues aunque en su cabeza sólo flotaban escasos mechones de blancos cabellos, semejantes á pequeños témpanos de nieve, el dedo del tiempo no había hecho ningún pliegue en sus mejillas. Parecía adivinarse en sus labios una sonrisa que no asomaba jamás, pero la dureza que podía imprimirle su exagerada gravedad, quedaba destruida por la expresión franca y benévola que animaba su agradable semblante.

—Es usted un pícaro, querido vizconde—le dijo después de saludarle cordialmente;—hace algunas semanas que no le contamos entre nosotros y todos los contertulios deploran su ausencia.

—Usted siempre tan bueno y amable; en verdad que he cometido un delito de lesa amistad abandonando á ustedes por el teatro; mas yo prometo la enmienda.

—Es necesario, amigo mio; el pecador reincidente no merece absolución.

—Yo cuento siempre con la de usted. Además, hoy espero hacérmelo perdonar todo en gracia de la buena noticia que le preparo, y de la cual me cabe la honra de ser portador.

—¡Oh! Diga usted pronto, Alberto; ha despertado usted mi curiosidad.

—Su amigo de usted, el duque del Amaranto, que ha partido para Escocia, le recomienda un protegido suyo, con cuya amistad me honro yo. Es uno de nuestros más privilegiados poetas y pinta con la mayor perfección.

—¿Y quién es esa celebridad?

—Un joven de veintiocho años, nacido en Granada; se llama Mario Alcaraz.

—No le conozco; pero ésto no es extraño, en atención á que hace algún tiempo no leo autores contemporáneos. Creo en su mérito porque usted me lo afirma, y por recomendármelo el duque del Amaranto, que nunca fija su atención en una medianía.

—¡Oh, es una gran cosa mi amigo Mario!

—¿Qué género de poesía cultiva?

—Todos: sobresale en la didáctica, lírica, épica, descriptiva, y anacreóntica.

—¿Y pinta también?

—En la actualidad se lo han prohibido los médicos por tener atacada al nervio óptico una gran debilidad, pero ha brillado en diversos géneros; especialmente está reputado como paisajista.

—Observo que ese joven tiene algo del genio titánico de Miguel Angel, á quien llamaban Cuatro Almas.

—Usted le juzgará, pues mañana voy á tener el gusto de presentárselo á usted y á su bella hija.

—Esperaremos á ustedes impacientes.

—Permítame usted privarme de su grata compañía por tener que evacuar algunos asuntos de entidad.

—Es usted muy dueño de hacer lo que guste, vizconde.

—Ruego á usted me ponga á los pies de Victorina.

—Estimará la atención de usted.

—No se moleste usted en salir.

—Tengo un placer en acompañarle.

—Mil gracias.

—Que no deje usted de traer al poeta-pintor.

—Se lo prometo á usted.

El señor de Morey se fué directamente al cuarto de su hija, y le participó la gran novedad que para el sábado le preparaba.

—¡Oh, qué feliz casualidad, querido papá! Precisamente ese inspirado cantor es mi poeta predilecto.

¡Si vieras qué fácilmente conmueve las fibras del corazón!

—Pronto será el niño mimado de nuestra tertulia.

—Dí el Apolo de nuestro pequeño Olimpo.

—Todo lo embellece tu risueña imaginación, querida Victorina.

—No puedes desconocer que nuestra humilde casa es un Liceo, un templo artístico en miniatura. ¿Acaso no estamos rodeados de literatos, escultores y poetas?

—Perdona, he sido injusto: nuestra casa tiene mucho de Parnaso por estar habitada por la diosa de la armonía.

—Quisiera serlo para embellecer tu existencia.

—Lo eres, Victorina, y también el oasis del páramo de mi vida.

—Cuán bueno eres.

—Cual tú mereces, hija mia.

Victorina se sentó al piano y empezó á preludiar. Pronto se oyó un precioso andante de salón sobre el quintetto de *Lucía*.

Alberto se dirigía á su morada deseoso de contarle al poeta-pintor su entrevista con el señor de Morey.

Mario acababa de regresar de la redacción, y se encontraron subiendo la escalera.

—¿Has visto al señor de Morey?—preguntó éste á su amigo.

—Sí; acabo de anunciarte en la debida forma, y he hecho una apología de tí, por la cual le has merecido á ese caballero el renombre de Miguel Angel.

—Te aseguro, Alberto, que si tuviera muchos amigos como tú, pronto sería proclamado el gran hombre del siglo.

—Quien no opine de tí lo que yo, será que no conoce el mérito verdadero.

—Tu amistad te ciega, amigo Alberto.

—Acato el talento; bien sabes que no conozco la adulación.

Las nueve acababan de dar en el péndulo del vizconde; éste indicó que siendo la reunión tan de confianza, era hora de partir, y pronto se lanzaron á la calle, de común acuerdo.

Trascurridos quince minutos llegaron á la casa de la calle de Atocha, y pronto se encontraron en las habitaciones del señor de Morey.

Un criado alzó la portière del salón, y pasaron al gabinete de confianza.

Tres caballeros se hallaban sentados al rededor del amo de la casa, escuchando con entusiasmo una melodía de Guttman, que interpretaba admirablemente Victorina. Esta la suspendió para atender á los recién llegados, y todos se pusieron en pie.

Saludaron al señor de Morey, particularmente, y á los demás caballeros con una sencilla inclinación de cabeza.

Mario le entregó la carta del duque del Amaranto, y el vizconde se adelantó hacia Victorina y le presentó al poeta-pintor que su padre conocía ya.

Victorina, después de ofrecerle su amistad, añadió:

—Tengo el gusto de conocer á usted hace mucho tiempo, señor de Alcaraz. *El estilo es el hombre*, ha dicho Buffon, pero yo creo que el estilo es el alma.

—Agradezco infinito el buen concepto que le merezco, señorita.

—He leido tanto á usted, que me inspira una confianza tan grande como la que se adquiere con el trato de todos los dias. Leer los escritos de usted ha sido ponerme en directa comunicación con su alma. He adivinado en sus líneas secretos que no ha querido fiar á los aturdidos lectores que leen superficialmente, y que ha envuelto usted en velos muy diáfanos para entregarlas al mundo que piensa y estudia, sus ideas. Ahora, tras esta explicación, observará lo mucho que le conozco.

(Continuará.)

Corona de oro dedicada á la Sra. de Flaquer por la «Colla de Sant Mus»

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

La Reina de Dinamarca.—Luisa, Guillerma, Federica, nació el dia 7 de Setiembre de 1817. Hállase casada con el rey Cristián IX, duque de Sleswig Holstein, y tienen seis hijos. Distínguese Luisa Guillerma por su carácter suave y por sus altas cualidades de esposa y madre. Posee la banda de María Luisa, con la que fué agraciada en Enero de 1878.

Gral. Ramón Corona.—El nombre de este ameritado general de División del ejército mexicano es tan popular y tan querido en su patria como en España, pues vivió en Madrid doce años en calidad de Enviado extraordinario y de Ministro Plenipotenciario, captándose las simpatías de todos los círculos sociales. El Gral. Corona combatió la invasión extranjera sin haber cejado un solo dia hasta el triunfo del Presidente Juárez, que lo puso al frente de la 2ª División del ejército. En 1872 fué de Ministro á España, donde se le concedieron la gran cruz de Isabel la Católica y la gran cruz del Mérito Militar, excepción que en muy raros casos se hace con los que no han militado en España. Inteligente, honrado, con antecedentes muy limpios y muy gloriosos en su carrera, ha sido electo por unanimidad Gobernador del Estado de Jalisco. Este Estado, que tiene la honra de ser su cuna, espera grandes cosas del que con aplauso general rige sus destinos. El Gral. Corona, probo como Arístides y valiente cual Leonides, sabrá ser un Solón para los pueblos de su mando.

Salón del «Centro Catalán» en la noche de la velada que se dió en honor de la Sra. Concepción Gimeno de Flaquer.—Con la velada literario-musical de que hemos dado cuenta y que se efectuó en honor de nuestra Directora, inauguró el «Centro Catalán» de la Habana su nuevo local, que está lujosa y artísticamente decorado, y que presentaba en aquella noche un efecto sorprendente, dándose el notable caso de que muchas sociedades que estaban divididas se reunieran en dicha noche olvidando antiguas discordias. Esta sociedad se halla presidida por el distinguido Sr. D. Prudencio Rabell, que con sus esfuerzos ha contribuido á darle vida y esplendor.

La eminente cantatriz Nadina Bulicioff en el acto de dar carta de libertad á seis esclavas, en el Teatro «Pedro II» de Rio Janeiro.—Al publicar el retrato de esa gran filántropa, hemos querido presentar el aspecto que ofrecía el teatro en la memorable noche del gran suceso, hábilmente descrito por nuestro amigo y colaborador Sr. Francisco Sosa, en el artículo editorial de la pág. 82.

Corona de oro dedicada á la Sra. de Flaquer por la «Colla de Sant Mus.»—Un deber de gratitud nos obliga á dar el dibujo de la preciosa corona, que es una joya artística con la cual se ha dignado obsequiar á nuestra Directora la sociedad catalana de la Habana, que se denomina: *Colla de Sant Mus*. La mencionada corona se compone de hojas de encina y laurel elegantemente enlazadas.